

Opinión

LA TRIBUNA

Cerrando webs


Alejandro Suárez Sánchez-Ocaña

CEO Ocio Networks

A redacción del proyecto de Ley de Economía Sostenible y el consiguiente cierre exprés de páginas webs, lejos de solventar el problema de la propiedad intelectual en internet, nos dirige hacia una espiral de confrontación social de difícil solución.

Es cierto que en España la piratería es un auténtico problema para la industria audiovisual y es importante empezar reconociendo este punto para, partiendo de ahí, intentar encontrar puntos de entendimiento. A día de hoy estamos lejos de las soluciones.

La industria del cine ha logrado en mayor medida enfrentarse al problema de la piratería con soluciones creativas que empiezan a dar resultados positivos. Por ejemplo, el cine en 3D, donde un usuario y un ordenador no pueden sustituir la experiencia que se logra acudiendo a ver espectaculares películas de estreno en 3D como la reciente *Avatar*, récord de taquilla en los últimos tiempos, con 77 millones de dólares facturados en su primer fin de semana. El resultado es un menor sufrimiento del sector del cine ante las descargas.

Distinto es el caso de la mal llamada industria discográfica (el disco ha pasado al recuerdo, deberíamos llamarla simplemente industria musical). Este sector sufre en sus carnes el descenso catastrófico de las ventas de música física. En el año 2003 la facturación del sector en España era de 413 millones de euros, y en 2009 apenas se alcanzaron los 250 millones.

Las grandes multinacionales del disco, Sony, Universal, Emi y Warner, conocidas como las *majors*, se muestran incapaces de adaptarse a la tecnología, de aliarse con ella y de abandonar definitivamente un soporte obsoleto, el CD, cuyas ventas caen en picado y que ni siquiera conserva el viejo glamour que aún tienen hoy en día los discos de vinilo y que los convierte en codiciados objetos de colección.

La industria del cine ha afrontado el problema de la piratería con soluciones creativas, mientras que la discográfica se muestra incapaz de adaptarse a la tecnología, aliarse con ella y abandonar un soporte obsoleto, el CD



De este modo, las dos grandes industrias de contenidos afrontan de manera diferente el fenómeno de internet, pero ambas se resisten a la llegada de la tecnología y de nuevos hábitos sociales de consumo. Señores, hay que adaptarse, no se pueden poner puertas al campo.

Ambos sectores, estos últimos años, han puesto en práctica la *sana costumbre* de enfrentarse e incluso demandar en los

tribunales a los que deberían ser sus usuarios y clientes. Son acciones esporádicas, que todos tenemos en mente y saltan a primer plano en los medios de comunicación. Estas acciones desproporcionadas y absurdas son un caldo de cultivo ideal para avivar un enfrentamiento social que nos recuerda a la época ya casi olvidada de las dos Españas, separadas en esta ocasión por el uso y adaptación a las tecnologías.

Contemplo el cierre de páginas web como si de un brindis al sol se tratara, un pago de rédito político, una manera de acallar la voz de artistas y creadores, en vez de dedicar esos esfuerzos a buscar alternativas lógicas, a precios razonables para un consumo cultural responsable, que incluya razonablemente al autor. El escenario seguirá siendo el mismo: ¿han cerrado una página de descargas? Bueno, para descargar usaré la búsqueda de programas como Emule, Ares, etc. Esta medida no sirve de nada.

Inquieta, no obstante, dejar en manos de organizaciones privadas como la SGAE —que han demostrado actuar en ocasiones vorazmente— el señalar quién infringe derechos para someterle a un sumarísimo juicio exprés. Primero, no se puede criminalizar preventivamente a un enorme porcentaje de la población, más de 25 millones de internautas, y segundo, no tiene sentido aplicar a internet un tratamiento especial sobre un derecho fundamental, la libertad de expresión, que siempre y en todo caso debería prevalecer.

En medio de este embrollo me atrevo a vislumbrar maniobras engañosas de determinadas asociaciones, artistas y empresas privadas que justifican sus fracasos creadores en los últimos años alegando un consumo irregular de sus obras, sin pararse a reconocer algo obvio: los tiempos han cambiado y hay que adaptarse. A lo lejos se dejan entrever movimientos de *lobbies* que presionan para obtener subvenciones y ayudas, con la excusa de la ayuda a la creación artística y la piratería.

El autor debe estar protegido, correcto. Busquemos y encontremos el punto. Pero siempre sin olvidar que el internauta también.

Ninguna de las dos opciones, me temo, puede capturar el tono litúrgico del poema ni su majestuosa gravedad.

En Youtube se puede encontrar una grabación de Dylan Thomas recitando ese poema. Lo recita siguiendo una cadencia que sube y baja y va oscilando como un condensador eléctrico. Dylan Thomas quería parecerse a los druidas de la tradición galesa, que lanzaban sus conjuros en un claro del bosque, a medianoche, mientras los habitantes del poblado escuchaban los ensalmos que iban a librarlos del hambre y de las enfermedades. Y la verdad es que Thomas conseguía hipnotizar a sus oyentes, hasta el

punto de que se convirtió en lo más parecido a una estrella del rock que ha habido en la poesía del siglo XX. En sus giras de recitales llegó a ganar un dineral, aunque siempre acabó malgastando el dinero en borracheras y pasando apuros económicos.

Copio algunos versos de este poema: “Cuando sus huesos estén roídos, y ni los huesos queden,/ tendrán estrellas en el codo y en el pie;/ aunque se vuelvan locos, conservarán la cordura,/ aunque se hundan en el mar, volverán a levantarse,/ y la muerte perderá su dominio”.

No creo que Dylan Thomas supiera dónde está Haití, ni que le importase mucho, sobre todo cuando tenía que reunir las 65 libras que le debía al cartero. Pero nadie podrá negarme que sus palabras fueron escritas para el pueblo de Haití y lo que allí ha sucedido.

POR MONTERA

Mariló Montero



El dolor de Haití

No hay espacio para relatar con justicia cada una de las historias que se van conociendo de los fallecidos y damnificados por el terremoto de Haití. No cabrá en ningún texto, por infinito que éste pudiera ser a lo largo de los años que se sucedan, capaz de narrar la memoria de cada uno de los habitantes que estaban pegados al suelo que se cascó bajo sus pies. En la lápida de la memoria social quedará escrita una injusta inscripción: “Miles”. Miles que han muerto en sesenta segundos mientras trabajaban por ayudar al país más pobre del hemisferio occidental. Miles cuando mendigaban en un país que fue la primera república de esclavos emancipados y que hoy se había convertido en un campo de refugiados y no un Estado. Murieron mientras robaban por la necesidad de un Haití que, como Somalia, está en los márgenes del mundo. Las charlas de barrio entre las paupérrimas viviendas sucumbieron en el fondo del ascensor mortal hacia el infierno. Se escuchan gritos que se filtran entre los cascotes, martillo psicológico para supervivientes incapaces de abrir una vía hacia la vida. Se morirán sabiendo que ya están enterrados. Un canadiense pidió ayuda por SMS al Ministerio de Exteriores de Ottawa desde un submundo polvoriento. Saben dónde está: ¿llegarán a él? Jillian Thorp gritó por el móvil a su marido que la salvara. Frank, tras invertir seis horas en recorrer los 160 kilómetros que les separaban, pudo rescatarla. Cuerpos despedazados en las calles. Heridos que por imposibilidad de atención médica morirán por infecciones e insalubridad. Bustos de personas atrapadas expirarán entre los brazos.

Los que observamos consternados tanto horror quisiéramos hacer valer su dolor, el sacrificio de su vida injusta, contando su historia. Pero el desbordamiento es tal que todos tendrán en la historia un mismo epitafio sin nombre propio. El espanto callará más de lo que de él se pueda jamás contar. Que sepan que nos duele su pena, que nos une su dolor. Que los ojos de quienes miran a las cámaras calan en los nuestros.

La tierra ha mandado más que la política tambaleante y contenida de un país que vive coronado por su famosa miseria. Así, de repente, se borra del mapa Puerto Príncipe, la vida de cientos de miles de personas, como si Dios hubiera querido empezar, tras un borrón, una nueva cuenta. Como si fuese posible regresar al esplendor de hace doscientos dieciséis años. Como si fuera posible que el sonido de su nombre, llamado a evocar unas paradisíacas vacaciones, dejara de eclipsar su auténtica identidad. Pareciera que al pobre le doliese menos la desgracia. Que las lágrimas por su miedo valieran menos que las nuestras. Que su pérdida fuese menor porque tienen menos. La reconstrucción de los pobres lleva a volver a ser pobre. ¿O es que conocen alguna reconstrucción de un pueblo que haya emergido de sus cenizas para convertirse en potencia?

EN TRÁNSITO

Eduardo Jordá



Y la muerte perderá su dominio

HACE muchos años me pasó un verano dedicado a traducir los poemas de Dylan Thomas. De día me sumergía en aquellos poemas en los que “womb” (útero) rimaba una y otra vez con “tomb” (tumba). Por la tarde iba a bañarme a una cala que se llamaba Cala Bràfia. Cuando veía a los bañistas que chapoteaban felices en el agua, me preguntaba si tenían sentido las salmodias de Dylan Thomas, con sus úteros y tumbas que resumían su visión del ciclo de la vida: el útero que era también una tumba que era también un útero que era también... Pero luego llegaba el anochecer, y todo se volvía gris, y desde la terraza del apartamento se oía el canto lúgubre de un alcaraván. Y entonces los poemas de Dylan Thomas volvían a recuperar su sentido. Y los úteros y las tumbas regresaban a su lugar en el ciclo incesante de la vida.

Ayer, al ver las imágenes de Haití tras el terremoto, me acordé de uno de los poemas que traduje aquel verano, y que nunca llegaron a publicarse porque el agente de Dylan Thomas me pidió quinientas libras por los derechos, una cantidad exorbitante. El poema era una especie de oración que Dylan Thomas había compuesto cuando era muy joven. Se llamaba *And death shall have no dominion*. Lo traduje así: *Y la muerte perderá su dominio*. En otra traducción, la del profesor Esteban Pujals, se llama *Y la muerte no tendrá señorío*.